# YEHUDAH

**Festividad de *Sukot*, 15-21 de *Tishrí* del año 3792 de la Creación, octobris del año 786 *ab urbe condita,* octubre del año 33 de la era común**

—¿Era esto lo que querías?

Yehoshuah me mira y veo en sus ojos un poso de tristeza que no esperaba. Por un momento los gritos de la multitud parecen acallarse. Suspira y vuelve su atención a toda esa gente que se amontona con palmas y ramas con motivo de la fiesta y de repente comienzan a gritar dándole una bienvenida regia a Jerusalén. No entiendo qué ha desencadenado todo esto, hemos estado muchas veces en la ciudad durante la fiesta de *Sukot* y nunca se había producido semejante histeria.

Es una semana de alegría. Las cosechas ya se han recogido; y si han sido buenas el júbilo todavía es mayor. Todas las familias reúnen las cuatro especies que ordena la tradición: una rama de cidro y otra de palmera, tres ramas de mirto y dos de sauce, que se agitan en todas las direcciones cada uno de los días de celebración excepto en *shabat* mientras se recitan bendiciones. Durante esa semana hay que alojarse en una cabaña y no en el interior de las casas, como recordatorio de las cabañas en las que vivimos en el desierto cuando salimos de Egipto.

Cuando la familia de Yehoshuah me llevó con ellos convirtiéndose en la mía, los dos disfrutábamos ayudando a construir la choza en el patio de la casa de Nazaret. Para todos, especialmente para Miriam, se trataba también de una celebración muy especial porque en esa fecha nació Yehoshuah. Miriam se puso de parto y dio a luz a su hijo en el interior de la cabaña familiar. «Recogimos nuestra propia cosecha.» A Yosef le gustaba decirlo así y Miriam reía suavemente escuchándole.

—¿Crees que es lo que he estado buscando todo este tiempo?

—Sé que no porque te conozco. Si hay alguien alejado de la vanidad y la vanagloria, ese eres tú. Por eso no lo comprendo. Este recibimiento resulta muy extraño para ser espontáneo. ¿No te estarán tendiendo una trampa?

—No, Yehudah. Además, quién y por qué. Es mi destino, al que me entrego sin luchar.

—¡Ha llegado el rey de Israel! ¡El rey de Israel nos trae la salvación!

Simón vocifera como un loco. Levanta los brazos y se agita con los ojos fuera de las órbitas. Es como si estuviera poseído. Me acerco a él y le increpo de malas formas.

—Cállate ahora mismo, vas a traernos la desgracia. ¿El rey de Israel? ¡Estupendo! Dales a los romanos una excusa para que detengan a Yehoshuah, y a nosotros con él. ¡Imbécil! ¿Crees que él quiere ser rey de algo? Este espectáculo lo has preparado tú a sus espaldas, confiesa. ¡Rey! Ya verás cuando se entere el prefecto de que alguien se proclama monarca sin permiso del César.

—Yo no he preparado nada. La gente no es tan lerda como crees. Se han dado cuenta de que solo un descendiente de la Casa de David puede liberarnos y devolver su antigua gloria a Israel. Se acabó la dominación, Judea será libre de nuevo. No te preocupes, Yehudah, habrá un cargo importante para ti en su Corte.

Me entra un deseo violento de abofetearle en pleno rostro. Simón sí es lerdo e ignorante, quitándole de su negocio no se entera de nada. No sé qué vio Yehoshuah en este hombre para admitirlo entre sus discípulos. Además desde que le ha nombrado (o eso dice él) jefe del grupo, se ha vuelto insufrible. Imagino que su mujer estará agradecida por tenerle tan poco en casa, debe de ser una pesadilla como marido. Su suegra, a quien Yehoshuah curó de unas fiebres, tampoco le soporta. Ni yo.

—No quiero cargos ni prebendas. No los querría aunque fuera verdad lo de su reinado. Tú sí los quieres, ¿verdad? Pero no eres el único ambicioso, amigo mío. Shlomit ya ha pedido dignidades para Yohanan y Yaakov. Claro, que ellos son parientes de Yehoshuah y su tía piensa que deben ser los primeros en recibir recompensas. Su otra tía, Miriam la de Clopás, también quiere un puesto para sus hijos. Tienes una fila de demandantes delante de ti, espera tu turno.

Me alejo de Simón para no pegarle, sería un escándalo mayúsculo que nos peleáramos en público. Yehoshuah me mira y mueve la cabeza, desalentado.

—No lo entienden. El único reino que busco es el espiritual. No quiero ninguna corona en este mundo.

De todas formas se produce un escándalo sin precedentes en Jerusalén. Es lo último que hubiera imaginado. Entramos en el templo, como hacemos siempre que vamos a la ciudad; y de repente Yehoshuah, sin mediar palabra ni provocación, se quita el ceñidor y comienza a golpear a los vendedores y cambistas, derribando sus mesas y las jaulas de las palomas mientras los echa de allí a gritos. Esos comerciantes siempre han estado allí, no es la primera vez que montan sus negocios en el templo, y Yehoshuah los ha visto en cada visita sin hacer comentarios. Hasta hoy. No sé qué le ha llevado a ese acto de violencia. Hoy va a ser un mal día pese a las apariencias. Los romanos tienen oídos por todas partes y los sacerdotes presentes están pálidos de la impresión, pero no tardarán en reaccionar y llamar a la guardia del templo. La turba se abalanza sobre las monedas caídas en el suelo y comienza a cogerlas con ambas manos. Puede estallar un tumulto de un momento a otro y lo último que desea el prefecto es otro motín que vuelva a ponerle en evidencia. Pese a estar casado con una pariente de Tiberio, el César no tiene paciencia con él y Pilato tiene que hilar muy fino. No puede permitirse complicaciones y menos durante una de las fiestas multitudinarias que abarrotan Jerusalén de peregrinos. Si los sacerdotes protestan tendrá que intervenir. Como no nos marchemos inmediatamente correrá la sangre. Sujeto a Yehoshuah firmemente por el brazo que agita el cinturón.

—Vámonos de aquí ahora mismo o las consecuencias serán terribles.

Increíblemente podemos salir del templo y de Jerusalén ilesos. Respiro cuando nos encontramos fuera de la ciudad, camino de Betania. Martah, Miriam y Eleazar nos esperan. Han preparado una cabaña en el huerto, de grandes dimensiones y cómoda. Eleazar y Yehoshuah son amigos desde hace años. Tan amigos que Yehoshuah hizo que Eleazar volviera de la muerte. Tal y como él mismo me había explicado, puede hacerse aunque no es conveniente ni sano hacerlo. Pedirle a un espíritu liberado de la carne que vuelva a ocupar su antiguo cuerpo es un sacrificio muy grande. El espíritu lo hará por amor, pero no olvidará nunca lo ocurrido y sentirá nostalgia, deseando partir de nuevo.

—Entonces, ¿por qué le has pedido a Eleazar que regrese? —le pregunté con curiosidad- La mayor muestra de amor sería dejarle marchar. ¿Qué harás cuando vuelva a morir? ¿O será ya inmortal?

—No será inmortal, Yehudah, volverá a morir y esa vez su muerte será definitiva. Le he despertado del sueño de la muerte porque sus hermanas le necesitan un poco más, al menos hasta que se casen. Dos mujeres solas y solteras, ¿qué podrían hacer?

—Lo mismo que cientos de mujeres solas y solteras, Yehoshuah. ¿Traerás de vuelta a todos sus padres y hermanos?

—No, Yehudah. Solo a Eleazar y solo esta vez. Es mi amigo y le quiero. Haría lo mismo por ti. Ya ves que yo también tengo debilidades.

—Por mí no, te lo ruego. Si muero antes que tú, deja mi cuerpo en mi tumba y que mi alma vaya donde sea. Tal vez pueda encontrar a Tamar y volver a ser felices juntos.

Me abraza muy conmovido y yo rompo a llorar. Mi esposa Tamar, hija del hermano mayor de Yehoshuah, murió prematuramente al dar a luz un hijo que tampoco sobrevivió. Desde entonces soy viudo y jamás he pensado en volver a casarme, ella ha sido y será mi única esposa. El matrimonio lo arregló Miriam de acuerdo con el padre de la novia. Yo tenía veinte años y ella quince. Y la amé. La amé mucho. Tanto como ella a mí.

—Cuando llegue mi hora, déjame volver con ella. Prométemelo.

—Cuando llegue tu hora. Te lo prometo.

Como siempre, nuestra llegada es una fiesta. Martah y Miriam se ocupan de todo ayudadas por la madre de Yehoshuah, Migdal y las otras mujeres. Somos muchos y las hermanas necesitan ayuda extra.

Las mujeres entran en la casa a buscar cuanto necesitan. Escuchamos sus voces y algunas risas. Me gustaría saber de qué están hablando entre ellas, pero si aparezco se callarán. Veo a Yehoshuah bastante relajado después de los acontecimientos de la mañana. Eleazar, muy serio, apenas habla. Debería estar contento por haber vuelto a la vida aunque solo sea para cuidar de sus hermanas y buscarles marido. En otras circunstancias yo mismo hubiera pedido la mano de la pequeña, Miriam. Es muy bonita e inteligente. Podría venir conmigo como hace Migdal con Yehoshuah. Pero no quiero, ni debo, ni puedo olvidar a Tamar. Siempre seré su marido.

De repente Miriam, la hermana pequeña de Eleazar, se pone en pie y se acerca a Yehoshuah. Se arrodilla ante él y abriendo un frasco de perfume que saca de entre sus ropas, carísimo por cierto, le lava los pies cuidadosamente. Después recoge su largo cabello, que lleva suelto y destocado, y se los seca.

—Gracias por la vida de mi hermano —le susurra.

Nos quedamos callados mirándola, sorprendidos. Antes de que su hermano le pida explicaciones vuelve a su lugar. El silencio se puede cortar con un cuchillo. Semejante atrevimiento nos deja a todos descolocados. Miro disimuladamente a Migdal. ¿Qué pensará de lo que acaba de ocurrir? No se mueve ni habla, en cuanto Miriam se acomoda intercambia una sonrisa con ella y vuelve a comer como si nada hubiera interrumpido la reunión. ¿No le importa? La cabaña entera huele a perfume.

—No la juzguéis ni critiquéis —dice Yehoshuah, siempre benevolente y comprensivo con las mujeres- Me ha ungido para mi sepultura.

¿Qué decir ante eso? Yo, nada. El resto se lanza a hablar a la vez haciendo preguntas y sacando conclusiones. Yehoshuah parece de repente muy cansado pero responde y cuenta historias sencillas con moraleja.

A la hora de dormir nos distribuimos lo mejor posible. Aunque estamos a primeros de octubre y por la noche refresca, la temperatura es muy agradable dentro de la cabaña. Sin embargo no puedo dormir. Veo a Yehoshuah que sale fuera. Algo me induce a levantarme y reunirme con él. Está sentado bajo una higuera con las piernas cruzadas bajo su cuerpo y las manos encima de las rodillas. Tiene los ojos cerrados y creo que no sabe que estoy allí. Indudablemente no lo sabe, porque delante de mí no hubiera hecho lo que hace: comienza a elevarse en el aire y queda suspendido por lo menos dos codos sobre el suelo. No me muevo. No respiro. No sé durante cuánto tiempo mantiene la levitación. Poco a poco va bajando su cuerpo hasta asentarse en la tierra. Abre los ojos y me mira directamente, tan calmado como si no hubiera ocurrido nada.

—Acércate, Yehudah. Tengo que hablar contigo -le obedezco y me siento a su lado, todavía muy impresionado- ¿Me amas, Yehudah?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Te amo más que a mí mismo, Yehoshuah. Moriré por ti cuando me lo pidas, te daré mi sangre si la necesitas.

—Necesito otra cosa de ti, querido mío: tu lealtad y tu obediencia.

—Ya las tienes, lo sabes. ¿Qué quieres que haga?

Me mira con tanto cariño y tristeza que se me encoge el corazón.

—Has escuchado que he dicho que Miriam me ha ungido para mi sepultura… Espera, no hables y escucha. Es necesario que muera para cumplir mi misión de vida. Y te necesito. Me has preguntado qué quieres que haga. Bien, te lo voy a decir: quiero que me traiciones.

—Estás loco —me pongo en pie temblando-No sabes lo que dices. Me mataré antes.

—Siéntate, amigo mío, hermano mío. Esta es la mayor prueba de amistad y amor que he pedido nunca. Y necesito que me obedezcas. Yehudah, sin ti no podré terminar mi misión. Sin ti no moriré.

—Perfecto. Porque no voy a permitir que mueras.

—Escúchame, te lo ruego. Tienes que ser tú. Debes traicionarme y entregarme a los romanos.

—¡No! ¡Jamás! Pídeselo a otro. Simón estará encantado de obedecerte sea lo que sea lo que le pidas, para ganar méritos a tus ojos.

—Simón no lo hará aunque me jure que sí. Le conozco. Se echará atrás.

—Yohanan, entonces. Es primo tuyo y te quiere más que a nadie en el mundo.

—No. Yohanan es demasiado joven e inexperto. Se deshará en lágrimas y no moverá un dedo.

—Cualquiera de tus otros primos podrá hacerlo.

 Más de la mitad de los discípulos que le siguen están emparentados con él y entre sí, yo no quiero mezclarme. Al fin y al cabo no soy más que un extraño en ese grupo familiar aunque Yehoshuah y yo nos sentimos hermanos del alma. Pero la sangre pesa mucho. Sé lo que dirían: «el maldito bastardo recogido por caridad ha traicionado a quien le dio todo.»

—Tienes que ser tú, Yehudah. Ayúdame, por favor. Es necesario que muera y solo puedo poner mi destino en manos de mi hermano. Cuando volvamos a Jerusalén, durante la cena te irás y les dirás a los romanos dónde estoy. Vendrás con una patrulla al huerto de Getsemaní. Como es posible que no me conozcan, te acercarás a mí y me besarás. Esa será la señal para que me detengan. Ahí acabará tu misión y comenzará a cumplirse la mía. Para que te crean pídeles dinero, treinta monedas de plata estará bien. Te los pagarán pensando que atrapar al alborotador que quiere reinar por encima del César bien vale el precio que pides.

—¿Pero tú te estás escuchando, Yehoshuah? No quiero dinero, y menos manchado de sangre. Imagina que te obedezco y te traiciono. ¿Qué pasará después? ¿Cómo podré volver a mirar a los ojos a Migdal? ¿Cómo podré volver a mirar a tu madre? No quiero hacerlo. ¡No lo haré!

—Lo harás porque me amas —permanece inconmovible ante mi angustia- Lo harás porque yo te lo pido, porque soy tu hermano. ¡Yehudah! —me coge las manos, suplicante- Por favor. Ayúdame. Por favor.

No sé si está tratando de manipularme emocionalmente aunque no lo creo, no es su estilo.

—Además —dice súbitamente- Migdal y madre lo saben.

—¿Qué es lo que saben?

—Que te he elegido a ti, Yehudah. Que tú me ayudarás como se ayudan los hermanos.

Me ha desarmado completamente. Le abrazo y beso sus manos, mojándoselas con mis lágrimas.

—Lo haré, Yehoshuah. Aunque jamás me perdonaré a mí mismo.

—Gracias, hermano mío. Gracias. Te perdonarás porque no pecas ni contra mí ni contra ti mismo. Bendito seas.

—Hermano… No voy a poder dormir a partir de ahora.

—No te atormentes. Ve en paz.

¿Qué he hecho? ¿En qué me he metido? Yehoshuah me envía por delante a Jerusalén para que cumpla un encargo. Los otros me miran pero no dicen nada, están acostumbrados a que vaya y venga con mandados suyos. Yo apenas me atrevo a mirarlos; pero a quien no soporto ver es a Miriam, que se me acerca antes de que me vaya.

—Siempre serás mi hijo y su hermano, Yehudah —me dice con esa voz que siempre ha mitigado mis pesares. La misma voz que me contaba historias. La misma voz que me consoló cuando murió Tamar.

—Madre, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, hijo mío. Es su voluntad.

Todos terminamos haciendo su voluntad, incluso su madre. Yehoshuah es un hijo respetuoso pero Miriam le obedece. Yo le obedezco.

Llevo ya un trecho andado cuando escucho pasos detrás de mí. Es Migdal, que corre para darme alcance. Deseo morir allí mismo antes que hablar con ella. No tengo suerte. Siempre me han impresionado su presencia y su magnetismo. Representa un misterio para mí pese a que hace varios años que la conozco. Es muy alta para ser mujer, casi tanto como Yehoshuah. Lleva el cabello descubierto, una larga melena con reflejos rojizos que se agita al compás de sus pasos. Sus ojos claros son insondables. Es amable pero distante, sensual e inaccesible. Me recuerda el fruto del cactus, toda su dulzura está dentro y hay que conocerla muy bien para saberlo, aunque no resulta fácil llegar a ella y ganarse su confianza.

—Vas a hacerlo, ¿verdad?

—Eso parece. Perdóname, Migdal. No volveré a aparecer ante ti después de esto.